



CAPÍTULO VII

SEGUNDA FASE DEL RENACIMIENTO

Mosén Jacinto Verdaguer ¹.

HE aquí el nombre del más esclarecido y célebre poeta del renacimiento literario catalán. Lo que muchos estimaron insurrección efímera, capricho de unos pocos trovadores mal avenidos con la hegemonía de la lengua castellana, protesta infructuosa contra la nivelación política y social que se consumó al advenimiento de la dinastía borbónica, y juego infantil de rimas llamado á desaparecer con sus promovedores, adquiría de súbito la importancia de una realidad histórica indiscutible, con pleno derecho á la vida y con indicios de poseerla muy rica y exube-

¹ Nació en Folgaroles, aldea humilde de las cercanías de Vich, el 17 de Mayo de 1843. Falta de recursos su modestísima familia para costearle una carrera, Verdaguer siguió la eclesiástica, del mismo modo que muchos otros estudiantes del Seminario de Vich, dividiendo los días y la atención entre la asistencia á las clases y la enseñanza de las primeras letras en la *masía* ó granja donde ganaba el sustento y pasaba la noche. Aficionado á la lectura, solía dedicarle largas horas en la Biblioteca episcopal, aunque ni sus compañeros ni sus profesores sospechaban en el obscuro y retraído montañés al autor de *La Atlántida* y los *Idilios*. La primera manifestación de sus facultades poéticas fué el romance *Els minyons d'en Veciana*, laureado en los *Juegos florales* de Barcelona del año 1865. Poco más tarde fundaron en Vich algunos jóvenes animosos la asociación literaria que se

rante; desarrugaba el ceño de los Aristarcos más descontentadizos, y respondía á los ataques de que fué objeto, con la aparición de una obra cuyo renombre dió la vuelta al mundo civilizado.

Aparte el grandísimo valer absoluto de *La Atlántida*, aunque arrancando de él, hay que concederle el de haber asegurado la existencia independiente de la literatura catalana, haciéndola conocer y respetar allí donde era negada. Los incrédulos que pasaron de largo ante las capillitas góticas y los castillos feudales de los trovadores resucitados que se llamaban (y con justicia algunos) maestros en *gay saber*, quedaron atónitos ante la pirámide alzada en los campos de la *Renaixensa* por el obscuro sacerdote á quien saludaba Federico Mistral como heredero de Milton y Lamartine.

A la primera impresión de asombro producida por *La Atlántida* sucedió el examen censorio, el rebusco de imperfecciones, más visibles de ordinario en los grandes monumentos que en los productos menores del arte vulgar é imitativo. Y todavía le cupo mejor suerte á Verdaguer que á los autores de *La Jerusalén*

llamó *Esbart vigatà*, cuyas sesiones se celebraban al aire libre, junto á una fuente contigua al sauce que le dió nombre (*Font del desmay*). Verdaguer las inauguró con un discurso grandilocuente, que le aseguró la no buscada jefatura entre sus compañeros. En 2 de Octubre de 1870 celebraba su primera Misa, para desempeñar inmediatamente los cargos de coadjutor y ecónomo del pueblo de Vinyolas. Agobiado por una cefalalgia tenaz, hubo de hacer algunas excursiones marítimas, de las que trajo como fruto el poema *La Atlántida*, cuyo esbozo había trazado en su aldea natal, hurtando algunas horas á las rudas faenas de la labranza. El primer domingo de Mayo de 1877 fué el día en que quedó consagrada la fama pública de Verdaguer con la lectura de su gran obra, premiada por el Consistorio de los Juegos florales. Los triunfos obtenidos entonces y después por el ilustre poeta no han alterado en nada su carácter, reñido con la ostentación y hermoseedo por la humildad cristiana y sacerdotal. De ella dió memorable ejemplo al renunciar un canonicato que se le ofreció espontáneamente y con insistencia. Fué durante algunos años capellán limosnero del Marqués de Comillas, á cuyo difunto padre, el célebre naviero Antonio López, debió Verdaguer la protección más cariñosa y decidida.

libertada y *El Paraíso perdido*; pues nadie negó la fuerza imaginativa y la hermosura plástica de las descripciones, cualidades predominantes de su poema, que, á pesar de todas las críticas, circuló pronto traducido en varios idiomas ¹.

Asegúrase que los diez cantos de que consta se reducían á uno solo en la concepción primitiva del poeta; lo cual explica, hasta cierto punto, el desleimiento de una sola idea en multitud de estrofas, por otra parte sublimes, y la falta de cohesión en el conjunto, que lo parece de bloques superpuestos, cual ostentoso alarde de titán, no de piedras artísticamente agrupadas. Sin duda hay en *La Atlántida* un contraste muy raro de inspiración soberana é inexperiencia de principiante, de maestría en la ejecución y desorden en el plan, de insólitos arranques épicos y falta de unidad en la textura íntima de la obra.

Veamos de reducirla á una síntesis muy somera, para ayudar algo á la memoria de los lectores, y comenzando por transcribir íntegro el epígrafe de la introducción: «Encuéntrense en alta mar una nave genovesa y otra veneciana, y libran batalla. Sobreviene recio temporal, y un rayo vuela el polvorín de la una, que, rajándose, arrastra consigo á la otra á los abismos. Soldados y marineros sumérgense en las aguas; tan sólo, á duras penas, se salva un joven genovés, el cual, abrazado á un trozo de mástil, consigue arribar á tierra. Un sabio anciano que, retirado del mundo, vivía á orillas de la mar, sale en recibimiento del naufrago, le guía á un rústico altar de la Virgen, y seguidamente

¹ La versión más conocida entre las castellanas es la esmeradísima, aunque algo arcaica y en prosa, de D. Melchor de Palau, acompañada del texto catalán (Barcelona, 1879). Sobre ella trabajó la suya en verso D. Francisco Díaz y Carmona (Madrid, 1884), que apareció al mismo tiempo que las francesas de Alberto Savine (en prosa) y Justino Pepratx (en verso). Son posteriores las publicadas en prosa italiana y provenzal por Luis Sugner (Roma, 1885) y Juan Monné (Montpellier, 1888) respectivamente.

á su choza de rocas y ramas, en donde le conforta. Días después, viendo que el marinero, meditabundo, las contempla, cuéntale la historia antigua de aquellas aguas para distraer su atención del pasado naufragio». Viene después una soberbia descripción del incendio de los Pirineos, innecesaria en rigor, y que sólo sirve para presentarnos á Hércules salvando á Pirene de las llamas. Diríjese á Gades y sabe por boca de su enemigo Gerión que el solio de la Atlántida espera un rey que lo ocupe, por haber enviudado Hesperis, la cual entregará su mano de esposa á quien le presente en ofrenda el retoño del naranjo custodiado por la hidra legendaria. Muere ésta aplastada por el gigante, y lo que parecía inauguración de venturoso himeneo es para las Hespérides fatídico augurio, seguido de otros que mutuamente se comunican los Atlantes sus hermanos, venidos de diferentes y remotos climas á congregarse en el templo de Neptuno. Hércules, después de luchar con ellos, se vuelve á Gades y rompe con su clava el Calpe, cordillera colosal que servía de cadena entre Africa y Europa, y, precipitándose por el Estrecho ingente diluvio, comienza á sumergirse la nación prevaricadora. Pretenden los Atlantes impedir que se cumpla el decreto del Altísimo, y hacinan rocas sobre rocas para defenderse de las aguas: advirtiéndole que su madre Hesperis huye con el héroe, arrojan contra éste los peñascos con que iban construyendo la torre de defensa, pero no dan alcance á su enemigo. Al volcarse por el Estrecho las aguas del Mediterráneo, cual si fuesen las de un ánfora rota, surgen del fondo islas y continentes, antes ocultos, que ocupan á trechos el espacio del mar, mientras se hunde la Atlántida en los abismos, á pesar de la sacrilega audacia de los titanes que pretenden escalar el cielo y son derribados, juntamente con su torre, por el soplo de la ira divina. El ángel de la Atlántida, al restituirse al cielo, entrega al ángel de España la corona de la desaparecida reina de

Occidente, y en España, en la nueva Hesperia, es donde renace el huerto de las naranjas de oro, y donde Hércules concluye su vida y sus hazañas, dejando en pos de sí hijos que heredan su valor.

La relación del anciano puebla de luminosas intuiciones la mente del genovés, que adivina más allá del Atlántico á la virgen de sus amores y esperanzas, á la tierra que va á alumbrar el sol cuando en el Poniente se despide de nosotros. Y Colón busca el patrocinio de los poderosos, encontrándolo solamente en Isabel de Castilla, que, al oír la proposición del desconocido, recuerda haber visto en sueños algo misterioso que la inclina á aceptarla; un ave que, cogiéndole su áureo anillo de esposa, lo dejó caer entre las olas donde brotaban á su contacto islas en flor. Con las joyas de la Reina, magnánimamente vendidas, compra Colón las naves para realizar su empresa sublime, y el anacoreta, que le ve partir en busca del mundo ignoto, siente *vibrar su corazón como una lira* por el presentimiento de la futura grandeza de su patria.

La disposición de partes adoptada por Verdaguer suscita espontáneamente numerosas objeciones, y no es la menos importante el haber convertido al anacoreta en narrador, lo cual conduce, sí, á eslabonar la catástrofe del hundimiento de la Atlántida con la expedición gloriosísima del inmortal descubridor de América, y á hacernos seguir con interés una serie de fenómenos geológicos que en otro caso nos dejarían impasibles y fríos, pero lleva consigo un cortejo de inverosimilitudes muy extrañas, de forma que ni el autor ni el lector se acuerdan del convencionalismo preestablecido, á no ser en dos ó tres ocasiones, principalmente la última, cuando el poema se cierra con broche de diamantes.

Por lo mismo que no cedo á nadie en admiración hacia Verdaguer, tampoco tengo reparo en sumar éste con los demás lunares que en su primera obra ha se-

ñalado la crítica; pues todos juntos no bastan á eclipsar la fulgurante belleza de *La Atlántida*: todos son como las manchas del sol en el cenit. Así, la mezcla de lo maravilloso cristiano con la mitología, si bien debe advertirse que de aquel elemento usa el poeta hablando por cuenta propia ó de un narrador que en él creía, y las tradiciones de la antigüedad pagana se transcriben con su indecisión y vaguedad características, sin afirmarlas ni negarlas, y conservándoles toda la parte de verdad que puede exigir la ficción poética; así la falta de relieve en los personajes, que se agigantan al esfumarse en el fondo sin límites del misterio; así la inexplicable facilidad con que Hércules perdona la vida á Gerión, de cuya sangre estaba sediento, y con que después se entrega Hesperis en matrimonio al héroe fatal, causa de la ruina de su imperio, por el temor injustificado, aunque estéticamente delicadísimo, de que le arrebataran sus propios hijos la joya de su honor; así la ausencia ó escasez relativa de sentimiento junto al predominio de la naturaleza física, re-tratada en su salvaje y terrorífica grandiosidad.

Este último defecto, si tal puede apellidarse, está contrapesado, no sólo por los infinitos primores gráficos y pintorescos de la obra, sino por tipos y escenas que irradian el más puro idealismo y la más patética y suave ternura. ¿Cómo ponderar los ayes elegíacos de Hesperis, viuda del esposo á quien adoró, arrancada á los brazos de sus hijas, cuyos ojos ve apagados por el soplo de la muerte, y entregándose al terrible extranjero, azote de sus dominios y su familia, para huir el nefasto amor de los monstruos que la infeliz madre llevó en su seno? Hesperis tiene que ocultar á sus hijas este secreto de abominación, y les dice al enviarles el adiós último:

Qui en terra us ha posades per sempre vos hi deixa;
Mes ¡ay! á ses entranyes no repteu de cruels,

Que es molt punyent l'espina que avuy me les esqueixa
Y son, mirau, mes llàgrimes del cor foses arrels.

No vullau saber altre, de mon amor poncelles;
Anau al cel á obrirvos abans d'entendre 'l món;
Jo que ¡ay! embriaguimhi d'olors y cantarelles,
Auré d'arrocegarmhi ab la vergonya al front ¹.

Si Verdaguer no hubiera compuesto los *Idilios*, nadie le podría negar el don de remover las fibras más sutiles y hondas de la sensibilidad, por solos los contados fragmentos de *La Atlántida*, en que el *os magna sonaturum* del poeta épico cede paso á la efusión lírica, aunque sea interpretando el alma y las pasiones de sus personajes. Pero la nota dominante en el poema del presbítero catalán es la exterior y objetiva; la facultad que en aquél campea como soberana, es la fantasía evocando la visión de lo pasado en pinturas al fresco de proporciones desmesuradas, y que se dejan ver sin extrañeza ni disgusto á través de los siglos que de nosotros las separan. Hay que meditar muy despacio las estrofas de *La Atlántida* para comprender la riqueza, el vigor y la novedad de sus imágenes, que hierven y chocan entre sí como las aguas de un torrente; que siguen paso á paso y con empuje arrollador las gradaciones del cataclismo que reflejan, y como desfile de panoramas inmensos, ó vibraciones de un órgano de potentes é infinitos sonidos, arrebatan en pos de sí la atención, y tal vez la fascinan y confunden.

Verdaguer, como Víctor Hugo y muy pocos más entre los autores modernos, tiene el arranque espontáneo y la grandeza monumental de los épicos primitivos; y recuerda á Homero, á los poetas del Indostán, á

¹ La que os puso en el mundo, para siempre en él os deja; mas ¡ay! no tachéis de crueles sus entrañas, que es muy aguda la espina que hoy las desgarran, y son mis lágrimas, mirad, licuadas raíces de mi corazón.

No queráis saber más, capullos de mi amor; volad al cielo, á abriros antes de comprender el mundo; yo, que me embriagué con sus efluvios y armonías, he de arrastrarme por él con la vergüenza en el rostro.

los videntes de la Biblia, desde David hasta el Águila de Patmos, y quizá también á Dante y Milton; pero no á los corifeos del individualismo escéptico, en el cual se pretende basar la única epopeya posible de nuestros días. La comunicación inmediata y efusiva con la naturaleza, la costumbre de vivir entre grandes perspectivas, primero en las montañas patrias y después en el seno de los mares, templaron el alma de Verdaguer, comunicándole el bravío y osado vuelo con que se sostiene en la región donde flotan las nubes y se enciende el rayo.

Y como si no bastaran las excelencias propiamente artísticas de que va hecho resumen, posee además *La Atlántida* títulos incontrovertibles para que se la considere y trate con la veneración debida á un monumento filológico. Casi parece que Verdaguer, no satisfecho con haber resucitado un continente, trató de resucitar una lengua.

Me apresuro á explicar esta afirmación, que, tomada en absoluto, podría sonar como ofensiva para los iniciadores del renacimiento catalán. A ellos corresponde la gloria de haber soldado la cadena rota de una tradición literaria que durmió el sueño de la tumba por espacio de siglos; ellos hicieron hablar á la musa romántica un idioma oculto en el olvido, y prepararon la senda que recorrió con tanta fortuna Verdaguer. La tarea de los precursores, entre los cuales hubo algunos tan notables como habrá visto el lector, fué absolutamente imprescindible para que él viniese á coronarla, sin perjuicio de que sus innovaciones lleven la ejecutoria de clásicas, como bebidas en el caudaloso y purísimo torrente del habla popular, tal como la conservaron las abruptas sierras de Cataluña en los labios de sus moradores, sirviéndole de valladar contra el tumultuoso oleaje del extranjerismo.

Previas tales consideraciones, que se deben aplicar no sólo á *La Atlántida*, sino á todas las obras de su

autor, veamos la nueva y sorprendente fase de la individualidad poética de Verdaguer, que vino á anunciar, como el iris después de la tormenta, un tomito de poesías místicas ¹ presentado al público por el venerable Milá y Fontanals, con la entrañable satisfacción del anciano que veía cumplidos sus pronósticos acerca del modesto y asustadizo escolar, cambiado ya en gloria de la patria. ¡Qué contraste tan profundo el de los *Idilios y cantos místicos*, flores arrancadas de los vergeles del cielo, con las huracanadas ráfagas y el tono apocalíptico del gran poema al que servían cronológicamente de continuación! En aquella misma arpa donde habían resonado los estertores de un mundo agonizante y la pavorosa maldición de Jehová, cumplida por el ángel exterminador, brotan de súbito los dulcísimos ecos del *Cantar de los cantares*, arrullos de paloma, pláticas de enamorados, endechas del corazón que gime ausente de su bien, y epitalamios que celebran el desposorio de un Dios-Hombre con sus criaturas.

En medio del indiferentismo religioso que invade triunfante las instituciones, la ciencia y la literatura contemporáneas, no podían menos de chocar los fervidos cantos del poeta que aparentaba ser un Raimundo Lulio ó un San Juan de la Cruz redivivo; y hasta se deslizaron algunas insinuaciones á fin de que no escribiera más para monjas y párvulos, y se aproximara á las corrientes del gusto general. Por fortuna, no hizo Verdaguer caso de sus mentores; antes bien, ha desenvuelto en opúsculos de candorosa y patética sencillez temas bosquejados en los *Idilios*, conquistándose de este modo, y sin pretenderlo, el lauro de restaurador originalísimo, casi único en nuestros días, del arte más soberano y generoso que puede gozar y cultivar el

¹ *Idilis y cants místichs per Mossen Jacinto Verdaguer, ab un prólech de D. M. Milá y Fontanals.*—Barcelona, 1879.—4.^a edición, Barcelona, 1891.

hombre. Aun desde el punto de vista de las circunstancias que hoy rodean al poeta lírico, obligado á repetir conceptos vulgares, á bruñir la forma de sus composiciones como dije de buhonería, á despertar, en fin, por insólitos procedimientos la atención de los lectores, hastiada por la plétora de rimas, ¿cómo poner en tela de juicio la conveniencia de abrir á la inspiración campos y horizontes tan vastos como los que deja entrever el sentimiento religioso, que es el sentimiento de lo infinito?

¡Y con qué sinceridad, con qué fervor intenso y comunicativo, con qué magia de atracción irresistible llama Verdaguer á la puerta de todos los corazones, aun los más tibios y refractarios! ¡Qué llama de amor viva la que penetra y enrojece sus frases, como ascuas recogidas en el pecho ardiente del Amado! El Dios de los *Idilios* no cubre su faz con velo de nubes y centellas, no esgrime la espada vengadora de su justicia; parece que se ha olvidado del Sinaí y de la Pentápolis, de su arco terrible y su carro de victoria: es el Dios del Calvario, abriendo sus brazos á la humanidad delincuente, y su costado á las almas puras, como flor inmortal, teñida de sangre, donde liben la regalada miel de sus consuelos y aspiren el aroma confortante de la virtud.

Dos formas, igualmente bellas, son las empleadas por Verdaguer en el que podríamos llamar poema del Amor divino: la forma lírica que sirve de expansión á los anhelos y nostalgias del Paraíso, y al pesar por las amarguras del destierro y la dilación de la partida; y la forma épico-dramática, que renueva las tradiciones referentes á la infancia de Jesús y á la vida de los Santos más favorecidos por Él, los candorosos relatos que á través de los siglos tejió la fe popular, y los que se conservan en el texto de los hagiógrafos, en las crónicas monacales ó en los muros de edificios sagrados que hirió la mano de la impiedad. Y como si la vista del poeta no supiese mirar sino á lo alto, sorprende